

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

TERMINOLOGIA

DICCIONARIO DEL HOMBRE CONTEMPORANEO

CAE en nuestras manos un curioso libro que lleva por título el mismo de esta crónica y en cuyas páginas se dan alfabéticamente la forma como el célebre Bertrand Russell entendía el significado de las palabras que emplea el hombre contemporáneo en su conversación habitual, tomando en cuenta los progresos de la filosofía y la ciencia. Muchos de estos conceptos, antes usados sólo por las élites, son ahora empleados por la mayoría, debido a la difusión que se hace de los mismos por la prensa, los libros, la radio, la televisión y el cine. Para el hombre contemporáneo, el término «isótopos» ya tiene relación inmediata con algo que empieza a ser familiar y a la palabra citada unirá conceptos como los de «radioactividad», «peso atómico», «carga neta del núcleo», «número de electrones planetarios», «órbitas posibles de estos electrones». Esta terminología, antes privativa de los sabios y especialistas, es ahora corriente en labios de jóvenes estudiantes y técnicos.

Cuando decimos «ideal occidental» sabemos que se trata de una forma del hombre en la vida individual, ya que para los occidentales la sociedad es un compuesto de individuos que en todo lo humanamente posible se supone que son felices, libres, fecundos. Según Bertrand Russell, al decir «ideal occidental» concebimos la sociedad como el fuera una orquesta, en la que los actuales ejecutaran sus partituras en diferentes instrumentos. Este es un concepto idealizado por el filósofo, porque en la realidad se ve que cuando esta orquesta carece de directores muy expertos, desafina, se anarquiza. Pero será un ejemplo más inmediato el que nos ofrece la palabra «matrimonio» en este singular diccionario. Para el hombre contemporáneo es posible que una mujer y un hombre, o un hombre y una mujer, el orden de los factores no varía el resultado, sean felices en

el matrimonio, siempre que esta felicidad nazca de la intimidad física y mental más completa y de una cierta similitud respecto de los valores. Es fatal, dice el filósofo inglés, cuando uno de los cónyuges valora sólo el dinero y el otro el trabajo o el arte o el deporte o la vida social. Pero hay algo más que da plenamente su carácter de contemporaneidad específica a esta palabra, en labios del hombre actual. La posibilidad de la disolución del vínculo conyugal, cuando ha fracasado el objetivo, cuando los socios ya no realizan su misión conjunta. Lograr hacer de la unión entre hombre y mujer la más fructífera de las experiencias humanas es la esencia del buen matrimonio, según Bertrand Russell.

Sería prolijo seguir en todas sus páginas el diccionario que comentamos y los ejemplos escogidos servirán al lector para formarse una idea del mismo.

El célebre epistemólogo inglés se esfuerza por dar a las palabras que emplea el hombre contemporáneo la más cabal limitación orgánica dentro del idioma a fin de evitar el confusionalismo en la exposición de las ideas, empero él mismo reconoce que hay regiones aún inaccesibles a este conocimiento exacto y por eso el lector encontrará en algunas de las explicaciones copiosos conceptos, sin por eso hacer diferencia entre problemas dudosos y aquellos que el pensamiento puede expresar casi matemáticamente.

Al final del diccionario de Bertrand Russell encontramos un hermoso capítulo titulado «Mi evolución mental», en el que el autor hace un relato muy simple de su vida, como si quisiera llevarnos, después de la lectura de su obra, al mundo en que aprendió a dar a las palabras, usadas por él, el concepto que ahora generalmente alcanzan en el campo de vida actual, la

ciencia, la filosofía, la ética. En manera alguna proclamamos la aceptación a priori y total de todo lo sostenido en este diccionario, pero sí es recomendable su lectura, como un esfuerzo serio para clarificar y enriquecer el idioma que usamos, sobre todo en los campos de la filosofía, la ciencia, el arte, las artes nuevas, las nuevas invenciones, los viajes interplanetarios. En todos, inútil advertirlo sabiendo quién fue el autor, el gran Bertrand Russell, se trasluce la defensa de la libertad, de una moral sexual amplia y del pensamiento sin amarras de un escepticismo.

Si recordamos que los griegos enseñaban a ordenar el pensamiento de acuerdo con la lógica, Bertrand Russell no hace sino repetir el experimento, aplicando su lógica a los problemas que se plantean al hombre actual y tratando de dilucidarlos de acuerdo con una temática interpretativa peculiar de la religión, la filosofía, la ciencia, la moral y el arte, todo concebido en sentido prometeico. Hay más, este diccionario del hombre contemporáneo algunas veces muestra sus discrepancias con ideas y conceptos expuestos por otros filósofos y científicos actuales y es así como vemos que mientras el maestro de Cambridge ponía en duda que la China se convirtiera al comunismo, Ortega y Gasset le contradijo haciéndole ver que este fenómeno ocurriría, tal y como sucedió. La honestidad de Bertrand Russell se evidencia cuando en las páginas de su diccionario encontramos que lo hace constar así.

Miguel Angel ASTURIAS
Premio Nobel

LA DEMANDA DE «MORAL»

HISTORIAS QUE ACABAN BIEN

EL hecho mismo de que el «final feliz» sea una preferencia mayoritariamente afirmada, ya debería alertarnos. No pondré el ejemplo de los niños, desde luego. Quizás a los niños les gustan los cuentos de hadas o con héroes bondadosos porque los padres, los maestros, Walt Disney y la industria editorial se han propuesto «educarlos» en esa dirección. Pero en el caso de las personas mayores no resulta tan claro que se trate de una simple «manipulación». Y, si lo es, tiene un arraigo en el espacio y en el tiempo considerablemente sólido. Lo vemos cada día y en todas partes. La gente desea y busca que la novela o la película «acaben bien»: en boda, con una reconciliación, mediante cualquier acontecimiento satisfactorio. A nivel «vulgar», los subproductos amerengados abundan, y rinden lo suyo. A menudo, para que la culminación afable consiga mejor intensidad, los personajes de la historia habrán sufrido antes un calvario más o menos abrumador. Lo que cuenta, en definitiva, es que la fábula se cierre con un arreglo venturoso. Por supuesto, no bastaría que la conclusión fuese «feliz» en términos neutros: dicha felicidad ha de ser, digámoslo así, «moral». Un filme o un relato en los que el «malo» se saliese con la suya, y se quedase con el dinero o con la chica, repugnarían al público...

En el fondo, se puede prescindir del merengue, con tal de que la «virtud» venza a sus enemigos. Diversas y frondosas ramas de la literatura y del espectáculo «popular» desdeñan el «final feliz» estricto —sonriente—, y lo sustituyen por algún exceso de truculencia o de melancolía. Por ejemplo, en las novelas policíacas, puede ser la silla eléctrica para el criminal; por otro ejemplo, en la pantalla, podría ser la separación de los enamorados cuya pasión, enteramente, merece el dictado de «culpable». Los melodramas de todas las épocas —sin excluir los de Sófocles, los de Shakespeare y los de Racine— acostumbraron a terminar con verdaderas hecatombes, parricidios, suicidios, asesinatos tremendos. En todos ellos, naturalmente, el desa-

rollo de la violencia venía regido por una idea muy definida: si no «el triunfo del bien», por lo menos «el castigo del mal». Los conceptos de «bien» y de «mal» dependen del contexto circunstancial del autor y de la obra —y, sobre todo, de la clientela. Pero el mecanismo siempre es igual.

Hoy, con el televisor abierto, el fenómeno adquiere dimensiones insondables. De hecho, se llega al aburrimiento sistemático. Las historietas televisivas, en serie o no, tienen, sin excepción, una misma estructura. Cambian los escenarios, el género, o las anécdotas; pero la trama, no. El conflicto a exponer será unas veces compungido o violento, y otras veces será alegre o de trapalanda. El detective o el malhechor, el vaquero honradote y el ladrón con pistola hábil, el médico y su paciente o el papá de su paciente, el terrícola y el marplatense, la muchacha pizpireta y su jefe malhumorado, etcétera y etcétera, suelen encarnar la eterna lucha entre el «bien» y el «mal». Ya se sabe cómo se resolverá el asunto: los «buenos» logran salir airoso, cuando menos... La verdad es que, analizando con frialdad, quizá mi alusión al «aburrimiento» es sólo una suspiacía personal. Todo hace suponer que las multitudes fascinadas por el televisor disfrutan con la repetición de la receta. Los expertos en el tema aseguran que, si en alguna ocasión se emitieron historias «diferentes», fueron recibidas con poca simpatía. ¿Cuestión de «habitualidad»? ¿Maquinación capulosa de los «fabricantes de sueños»? Puede que sí: lo uno y lo otro. Aunque no sólo eso. Lo de la tele no pasa de ser una caricatura, una simplificación monstruosa, de lo que ocurre fuera de ella.

Fuera de ella: desde los «comics» hasta las más refinadas manufacturas intelectuales para esnobes. En el pasado, tampoco era distinto. Ya mencioné, de paso, y con la peor intención, los nombres sacrosantos de Sófocles, Shakespeare y Racine. La lista podría ser tan larga y completa que realmente abarcaría el censo completo de

los cultivadores de la ficción, en todos sus escalafones. La decisión «moral» está siempre presente, y es aproximadamente parecida. Balzac entero, y Dickens, y no digamos Tolstói, y Brecht, y los sarcasmos de «Candide» y de «Brave new world», y los «Karamázov», y «Montecristo», y «Aristófanes», y el «Faust», y el «Dr. Caligari», y «Don Juan Tenorio», y los «fabliaux», y... Mírese de cerca cualquiera de estos artefactos, y se advertirá en seguida que, por lo que hace a la motivación más honda, apenas disienten de los planteamientos de «Bonanza», «Ironsides», «Superman» o «Mafalda». Las distancias se establecen en otros estratos, en otras direcciones. Pero la coincidencia es obvia: las peripecias propuestas desembocan, matemáticamente, en la denuncia del «mal». El «final feliz» no será «épico» tal vez, pero sí «ético».

¿Excepciones? Es probable que las haya. Las hay, sin duda. Es posible que el Divino Marqués sea una de ellas. No sé, no sé... Al fin y al cabo, Sade también era un «moralista» y su manera: un moralista «à rebours». Las gloriosas obscenidades de «Le Philosophe dans le boudoir» son, en parte, un montaje taimado para endilgar al lector: la papilla ideológica que cocinaba el Marqués: unos sermones ateos tan fastidiosos como los que, desde la acera de enfrente y con ánimo apologético, pudiera haber proferido un fraile del montón. En definitiva, Sade operaba a partir de una tergiversación primaria de los valores admitidos en su época: lo que los otros designaban con el nombre de «bien» era lo que él señalaba como «mal», y viceversa. Todo lo que escribió iba dirigido a eso: a renovar los conceptos de «bien» y de «mal», más que a superarlos. Pero también es cierto que, a la larga, Sade ha perdurado en su condición de pornógrafo, con un absoluto olvido de la quincalla filosófica que pretendía difundir. Quizá la pornografía sea el único tipo de ficción que escape a la obsesión «moralizadora»: «et pour cause!» Dicho lo cual, añadiré

que la pornografía es mucho más infrecuente de lo que se cree. La pornografía «pura», y valga la paradoja. Un escritor como Henri Miller, ponga por caso, será tan salaz como se quiera, pero es, en su propósito y a su modo, tan «moralista» como el padre Coloma o la condesa de Segur.

Quizá Proust, quizá Joyce... Quizá Erobbe-Grillet o Butor, perfectamente castos... Pero dejemos las hipótesis. Lo importante sigue siendo lo otro: la expectativa del ciudadano medio; culto o inculto, ante la «moral» de las historias. La demanda de «moral», para ser exactos. Parece como si, cuando consume «historias» inventadas, el vecindario aspirase a una forma u otra de «compensación». La vida corriente es inconscientemente «immoral»: casi nunca, o nunca, ganan los «buenos». Ahora digo «buenos» en la acepción mítica de la palabra, según el modelo vigente. Y en efecto: no es el «bien» lo que predomina, sino el «mal» bajo especie de opresión, de injusticia, de dolor, de miseria, de mentira, de miedo, de compraventa, de odio. En sus sobremesas aplanadas y tontas, nuestros contemporáneos del Área Occidental se entregan a la admiración periódica del Virginiano o del Jefe Ironside, que son la personificación de la «virtud», o adalides de la «virtud». Nuestros abuelos leían al Tolstói de «Resurrección» o al Hugo de «Los Miserables», o al Zola de «La Bestia Humana», y encontraban un desahogo similar. No trato de comparar lo incomparable, por descontento. No estoy habiéndolo exactamente de «resurrección» y de «Ironsides», sino de la pasiva esperanza de sus respectivos públicos. Como es natural, la lectura de «Resurrección» produjo, produce y producirá mientras se sepa leer, unos efectos inimaginables en la ingestión de telefilmitos. Pero el rasgo común sigue en pie: que la cosa «acabe bien», al menos en la fantasía...

Joan FUSTER

¿QUE CUALIDADES DICE

Ud. que debe reunir imprescindiblemente su secretario o secretaria? Vayamos anotando, puntualicé. El, inspirado, dejó volar su bolígrafo mientras leía en voz alta: «1. Fiel y leal. 2. Responsable. 3. Con capacidad intelectual suficiente. 4. Con ganas de aprender, y que soporte de buen grado la crítica. 5. Que mecanografía pulcramente y con correcta ortografía. 6. Que sepa puntuar bien los dictados. 7. Que siga escrupulosamente las instrucciones recibidas. 8. Que acabe las cosas y no las deje a medias. 9. Que sepa corregir las pruebas de imprenta. 10. Que no invente, ni cambie sin consultarme. 11. Que no invierta los papeles obligándome a recordarle lo que tiene pendiente. 12. Que tenga orden y método. 13. Que sea puntual y no lo deje todo tirado al marcharse. 14. Que sea demoliberal, como...»

«¡Basta!», exclamé al conseguir, por fin, vencer tal ensueño. «Menos mal que nada dice Ud. de títulos, edad, sexo, apariencia, etc. Pero aun con tal muestra de sensatez, me temo que no vamos a encontrar a nadie así, y, francamente, si lo encontrásemos, me lo quedaría». El consultante pareció consternado: «Pero si no lo consigue Ud., que es el único que conozco que se preocupa por la gramática y la lógica —que son cualidades que se presumen en todo secretario o secretaria de veras—, que no ofende la inteligencia de sus lectores denominando, por ejemplo, «espécimen de técnica de expresión gráfica» a un escrito —como hacen algunos que pretenden enseñar a redactar—, ¿quién? ¡He leído cada escrito de universitario, titulado en Tal, diplomado o seleccionado por Cual, que yo devolvería a la escuela primaria...!» Disentí humildemente, asentí energicamente, exculpé discretamente, me reservé la opinión, y luego intenté devolverlo a la realidad: «Quizá si prescindieramos de la cualidad 14...». El consultante lanzó una exclamación dolida, repetida cada vez con mayor énfasis a medida que iban prescindiendo de cualidades imprescindibles. Al final sólo quedaron las cuatro primeras. «Con ellas y la guía de Ud., pueden aprender», le argüí. Pareció resignado, pero ya no transigió en prescindir de alguna otra cualidad. «Entonces», le advertí, «no le aseguro nada». —Este es un ejemplo de una consulta de un escritor no literario a A.T.

Si Ud., patrono o profesional, tiene consultas de este tipo —o mejor, de otro más sencillo—, o si Ud., posible secretario o secretaria —por ejemplo—, tiene alguna de las cualidades reseñadas —por ejemplo— y desea acreditarlas con un certificado acreditado, o si Ud. desea comprobar si tiene o no alguna de dichas cualidades —por ejemplo— o que no le ocurre, sin saberlo, como a aquellos que el escritor consultante devolvería a la escuela primaria, escriba, sin compromiso, a ASESORAMIENTO TECNICO, Apartado 228, Barcelona. Y vea el anuncio «Averigüe Ud.» en este diario.

FINANZAUTO

BAYERPILLAS

STA. PERPETUA DE MOGUDA (Barcelona)
Teléfs. 31928 12-16-62-66

NUEVOS PRECIOS

Compruebe esta verdadera
reducción de precios
en nuestras Pistas
Cargadoras de cadenas.

Modelo 951 (Cucharón: 1'15 m³):
1.937.720.- pts.

Modelo 941 (Cucharón: 1'08 m³):
1.656.600.- pts.

8% MENOS

NAVIGUE USTED CON TITULO

Patrones de Embarcaciones Deportivas Motor y Vela
Iniciación curso 15 Julio
Plazas limitadas y servicio aparcamiento
Informes e inscripción
ACADEMIA NORTE
(Cía. Garriga Escarpenter)
Rambla Santa Mónica, 17 — Tel. 221-13-75

VALLE DE ARAN

Estancias de 8, 11, 12 y 15 días
en VIELLA, SALAROU, LES, BOSOST y CASAU.
Excursiones a LOURDES y
LAGO SAN MAURICIO incluidas.
Precio: desde 3.975 ptas. Salidas: sábados y miércoles.

VIAJES
baixas S.A.
Grupo A.T. 14
Vía Layetana, 133 Tel. 215 98 54 P.º de Gracia, 45 Tel. 216 01 32